

EL FASCISMO JAPONES*

DANIEL COSÍO VILLEGAS

JAMAS me habría atrevido a dar esta conferencia aisladamente. No sé del tema de ella lo necesario para pretender presentarlo como una obra en sí, con valor propio. En cambio, he aceptado con gusto ofrecerla dentro de una serie en la que principió a estudiarse el concepto del fascismo, para examinarlo en las siguientes como un fenómeno que presenta manifestaciones peculiares en diversos países, y desprender en la última conclusiones nuevamente de índole general. Dentro de este plan, la mía no sirve otro propósito que el que tiene un cuadro mediano o malo en un museo de primera: ayudar a crear en el visitante una impresión general, de conjunto, acerca de un período o escuela artística.

De la breve incursión que he hecho a la literatura más fácil sobre el tema de mi conferencia, he obtenido una conclusión general que desde luego presento a ustedes, y en la misma forma de disyuntiva en que nació en mí: o Japón es el auténtico padre de la siniestra criatura que llamamos fascismo, o ella no ha existido ni existe en Japón.

Claro es que el único medio de resolver el dilema sería, primero, determinar cuáles son los rasgos esenciales del fascismo, y, en seguida, examinar la vida social, política y económica de Japón, para ver si en ella se presentan. Por lo que toca al problema de la prioridad, cuándo principiaron a presentarse. Tan necesario era esclarecer el pri-

* Conferencia dada ante los micrófonos de la Estación X.E.F.O. de la ciudad de México, el 9 de junio de 1939.

EL FASCISMO JAPONES

mer punto, que los organizadores de esta serie de conferencias dispusieron que el tema de la primera fuera justamente ese: ¿qué es el fascismo? ¿qué rasgos esenciales tiene? ¿cómo puede diagnosticarse—¡ay!—esta cruel enfermedad? Esa primera conferencia fué dictada por mi colega el profesor Silva Herzog y estoy seguro de que lo habrá hecho con primor y acierto.

A mí me basta partir de algunas ideas que debo al profesor Laski, de la Universidad de Londres. Primero, Laski ha acabado por llamar al fascismo *dictadura capitalista*. En segundo lugar, Laski piensa que el fascismo es hijo directo del liberalismo, o, para usar sus propias palabras, que el fascismo “surge como la técnica institucional del capitalismo en su fase de contracción”.

Esto quiere decir que el liberalismo, lo mismo en Inglaterra en el siglo xvii, que en Francia en el siglo xviii, sólo reconoció la existencia del Tercer Estado, mas no de un Cuarto, compuesto, claro, por los nuevos obreros industriales y los trabajadores agrícolas sin tierras. Ya en el siglo xix, la industria va siendo el eje cada vez más principal de la actividad económica; los obreros aumentan en número, se organizan, acaban por tener una conciencia de grupo. Por la segunda vez el liberalismo falla en su solución: ante la existencia, ya inequívoca, de un Cuarto Estado, el liberalismo sólo ofrece al obrero la solución de las *amenidades*: mejores salarios; algún ocio con jornadas de trabajo más cortas; un poco de educación; cierta higiene; dos o tres hospitales; un día de campo o un viaje de vez en cuando. Pero de ninguna manera una participa-

ción seria en los destinos de la sociedad o el país; menos, muchísimo menos—¡qué horror!—la entrega cabal de todos los resortes de la vida económica y política.

Ahora bien, la solución de las *amenidades* ha sido posible a lo largo del siglo pasado, porque los inventos que produjeron la Revolución Industrial y, sobre todo, su general aplicación en la primera mitad del siglo XIX, crearon un período de una expansión tan extraordinaria del capitalismo, que se obtuvieron utilidades cuantiosas, parte de las cuales se sacrificaron—quizás con gesto vanidoso—en favor de los obreros. Pero ya para fines de ese siglo, observadores agudos advirtieron que una situación semejante no podría durar para siempre. En todo caso, ha debido reconocerse así, universalmente, desde la Gran Guerra. No sólo al período de expansión capitalista ha seguido uno de contracción, de utilidades decrecientes o nulas, sino que si al obrero iba a seguirsele distraendo con *amenidades*, éstas costarían por fuerza, más y más.

Ante la imposibilidad de que el capitalista obtuviera bastante para darle algo al obrero y quedarse con lo suyo —o con lo que él juzga suyo—; ante la certeza de que, en todo caso, si para tenerlo sumiso iba a darle una parte creciente, acabaría por quedarse con todas las utilidades, y él, el capitalista, se quedaría sin nada, éste decidió arrojar la máscara liberal: quita al obrero las concesiones que el liberalismo le había dado: el derecho de voto, la libertad de expresión, el derecho de asociarse, etc. No sólo se niega a darle una parte creciente de las utilidades, sino que pronto le quita las dulces *amenidades* del siglo XIX: rebaja los

EL FASCISMO JAPONES

salarios, abate el nivel de vida, para acabar por asegurarle —como el cable nos contó el otro día— que la idea de que el café ayuda a hacer la digestión es una mentira inventada por razas tropicaloides, afectas al brillo y al rumbo, pero degeneradas y cobardes,—y que si quiere, en verdad hacerla, que meta el brazo en una palangana de agua helada.

Este proceso y su última fase, el momento que vivimos, pueden presentarse en un terreno de especulación ideológica así de claros y así de desnudos; pero serían intolerablemente crueles en la realidad social. Por eso se les adorna y, en esto, hay que convenir que raras veces el hombre ha dado muestras de tanto y tan perseverante ingenio. Se las adorna con gritos sonoros y pegajosos de “Una, Grande, Libre”; con calendarios en que se inicia una nueva era de la humanidad en el “Año de la Victoria”; con clarín, con tambor, tanque y avión; con agravios internacionales que al herir exaltan el amor propio nacional; con aventuras que antes se llamaban imperialistas y a las que hoy se califica de imperiales, con la esperanza de que la palabra suscite la noción mágica del águila que cruza el espacio infinito contra la silueta recortada de la sierra altísima . . .

* * *

Si el fascismo es, en esencia, una dictadura capitalista que nace de la falla así explicada del liberalismo, me temo que algún día veamos hacer a algún estudioso una tesis doctoral dedicada a Benito Juárez Mussolini, en la que se demuestre que éste llegó tarde en la invención del

fascismo; que antes que él, bien antes, los japoneses lo habían descubierto y practicado.

Las causas que podrían explicar tan curioso hallazgo son, desde luego, múltiples y varias; pero la sobresaliente, que el Japón es el único gran país del mundo que va cubriendo con un retraso singular el sendero que, en más o en menos, ha seguido la humanidad toda. Así como Japón no emerge de la Edad de Piedra hasta el año 1000 a. C., cuando ya los chinos escribían poemas que aun hoy admiran los japoneses; así Japón no principia a abandonar la estructura feudal de su vida hasta 1853, cuando las "naves negras" de Perry reanudan el contacto con el Occidente, y de un modo más exacto a partir de la Restauración de 1867. De entonces acá, Japón, con una decisión inquebrantable, con una congruencia única, con astucia singular y con velocidad vertiginosa, se lanzó por la senda de la occidentalización: organización política liberal, organización económica capitalista, potencia internacional de primer rango. Pero ni aún Japón con estas cualidades únicas ha podido salvar en cincuenta años el trecho que la humanidad occidental salvó en quinientos o seiscientos. Así, Japón quedó emparedado entre un feudalismo que no se desmoronó por completo, y un capitalismo que no logró cuajar del todo; así, en la hora de esta gran crisis, el fascismo japonés nació, temprano y fácil, como natural retoño, de ese feudalismo no desaparecido y de ese capitalismo que aún hoy no ha podido tener la sensación de triunfo que tuvo el inglés, por ejemplo, en la gran era victoriana. Y claro que por esa circunstancia

EL FASCISMO JAPONES

peculiarísima el fascismo japonés nació con la negra crueldad feudal y la deslumbradora técnica capitalista.

Recordemos las ideas de Laski y, con ellas, entremos ahora a Japón.

* * *

Ahí existe, en efecto, una dictadura capitalista de proporciones colosales; parte de ella echa sus raíces en la época feudal y parte nace en la era moderna Meiji. Los célebres Mitsui y Sumitomo eran ya en la época feudal traficantes en sedas y armas, después comerciantes en general, más tarde especuladores en arroz y banqueros del *Shogunado*. En cambio, la fortuna de Mitsubishi sólo arranca de 1873, cuando poseedores únicos de ocho embarcaciones, cobraron al gobierno imperial 10,000 yenes por cada uno de los 2,000 soldados que entonces invadieron Formosa en una expedición punitiva.

Mitsui, Mitsubishi, Sumitomo y Yasuda, más otras cuatro firmas menores, constituyen, fuera de toda retórica radical, verdaderas oligarquías financieras: de las ocho es el 70% de todo el capital invertido no importa en qué empresa, de las tres primeras es el 25% y solo Mitsui domina el 15% de todo el comercio, la banca y la industria japonesas. Organizaciones enormes, de rara perfección, tienen todas una forma común: una pirámide en cuya cúspide se halla una compañía que posee la mayoría de las acciones de todas las demás que forman la pirámide, hasta llegar en la base, literalmente, al más remoto y pequeño poblado agrícola de Japón. La compañía detentadora de acciones la forman familiares cercanos, como las célebres once fa-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

milias de Mitsui; el capital de la compañía no es enorme, puesto que lo representa la suma necesaria para tener la mayoría de acciones de las otras. En cambio, las operaciones de todas las filiales alcanzan cifras impresionantes: las de Mitsui en el año de 1930 fueron, burdamente, de 3,000 millones de pesos mexicanos. Las cuatro grandes firmas han procedido en los últimos años a una trustificación y cartelización entre sí, de manera de constituir una sólida unidad, que de vez en cuando sella y remacha algún matrimonio. Por eso, observadores alemanes y yanquis han asegurado que en sus propios respectivos países, tierras clásicas del *trust* y del *kartel*, la situación japonesa tiene apenas paralelos remotos.

Esta dictadura capitalista ofrece otro rasgo que ni siquiera en paralelo remoto se encuentra en país ninguno, y es la variedad increíble de actividades que cada una de esas grandes organizaciones acomete: la casa Mitsui tiene negocios de banca comercial, de fideicomiso y seguros sobre la vida; de almacenamiento; de comercio nacional y exterior; fábricas de cemento, de tejidos de algodón, lana, seda y artisela, de objetos de celuloide, de papel, de maquinaria, de cuero artificial, de artículos para fotografía, de productos alimenticios para aves; minas de carbón; plantas hidro-eléctricas, de nitrógeno, sulfuro, sosa y metanol; de productos electro-químicos; fundiciones de acero; aserraderos y plantas tratadoras de madera; ferrocarriles, plantaciones de té y azúcar; molinos de trigo, etc. No faltan hospitales, ni la gran organización filantrópica *Mitsui-Ho-on-Kai*, que da el toque piadoso a este gran edificio.

EL FASCISMO JAPONES

Un tercer rasgo hace de la dictadura capitalista japonesa la más cabal de todas: es el alto por ciento que en cada actividad representa cada una de las ramas de esas enormes firmas: las fábricas de papel *Oji*, de Mitsui, representa el 78% de la producción total del país; la *Mitsui-Bussan Kaisha*, la negociación privada mercantil más grande del mundo, hace el 42% de los negocios comerciales japoneses; las grandes tiendas de "departamentos" *Mitsukoshi* hacen el 32% de las ventas de esta clase; la cuarta parte de la harina toda que consume Japón la hacen los molinos *Nihon*; la compañía *Tokyo*, de seguros marítimos y de incendio, de los intereses Mitsubishi, hace el 39% de esos negocios; la célebre *Nippon Yusen Kaisha*, domina el 37% de todos los negocios de transporte marítimo y dos compañías navieras de Sumitomo otro 35%. Mitsubishi representa el 37% de la fabricación vidriera; el 37% de la harina; el 14 de toda la industria pesada; el 19 de la refinación de azúcar; el 17% de la fabricación de la cerveza. De las compañías de Sumitomo, una fabrica el 49% del alambre y cable que el país consume; tiene 20% de los negocios de almacenamiento; 28 bancos que representan el 12% del capital invertido en negocios bancarios; el 10% de los seguros; el 50% de la producción de cemento, etc.

* * *

Sería, en verdad, una maravilla que a una organización de poderosas oligarquías en el vértice, correspondiera en la base otra organización distinta a la que Japón, en efecto, tiene. ¿Ni cómo podría producirse el milagro cuan-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

do a ocho empresas corresponde el 70% de todo el capital de que Japón dispone? ¿Cuál puede ser la organización social, económica y política de un pueblo en el que cien familias a lo más, tienen lo que no poseen quince millones de ellas? ¿Cuál puede ser esa organización si quinientos seres privilegiados son los ricos, frente a setenta y tres millones que no lo son? Puedo asegurar que no es simple demagogia la que hago al formular esta pregunta: el Barón Iwasaki (de Mitsubishi) pagó en 1936 un impuesto sobre una renta de tres millones y medio de pesos y el Barón Mitsui por 6.200,000 pesos. ¿Saben ustedes cuál es el promedio de la renta para todo Japón?: de 214 pesos.

Para mí, francamente, una vez en posesión de este dato, todo cuanto se me dijera sobre desigualdad, sobre pobreza, sobre injusticia, sería claro y transparente como la luz del día. Así entendí en seguida el carácter manual, de desperdicio o abuso de la energía humana, que quizás sea el rasgo más saliente de la economía japonesa.

Ese rasgo y el más importante de extrema pobreza de grandes masas, se ven claros en la agricultura, de la que vive la mitad de la población económica activa.

Desde luego, es bien pequeña la superficie promedio que corresponde a cada familia: de sólo una hectárea. Imposible imaginar que en esas condiciones pueda hacerse uso alguno de maquinaria, o que la tierra pueda trabajarse en otra forma que no sea de gran intensidad, con una atención, un esmero y una constancia singulares. Ni la compensación de la propiedad existe: sólo el 30% de la población agrícola es propietaria; el resto son arrendatarios

EL FASCISMO JAPONES

de toda o parte de la tierra que cultivan. El pago de la renta se hace aún en especie y, dada la enorme presión de la población sobre la tierra, ella tiene que ser una compensación muy alta: del 50 al 60% de la cosecha. El resto apenas cubre el precio de los abonos, de uso indispensable, y los impuestos, no sólo altos, sino notoriamente desfavorables para el agricultor: en tanto que un agricultor con una renta anual de 2,000 yenes paga un impuesto de 64% de ella, el industrial paga 18 y el comerciante 16. El agricultor, por todo ésto, debe acudir casi de modo normal al prestamista que cobra réditos promedios de 20 a 30%.

La agricultura japonesa vive ya hace años en una situación de bancarrota. A tal grado, que para el agricultor mismo casi resulta indiferente si hay una cosecha buena o una mala. El *Japan Times* describía así los resultados de la mala cosecha de 1931: "Con el hambre retratada en sus caras, los pobres de las comunidades de Nagano, Iwate y Niigata están vendiendo sus hijos a la prostitución; comiendo como comida regular diversas clases de pastos... En la prefectura de Nagano son acomodados los que pueden comer centeno. Todos los árboles de la colina están desnudos; sus frutos—no importa qué mal sepan—los han arrebatado los chicos. En una aldea un investigador comprobó que los ingresos de un agricultor fueron de 130 yenes, en tanto que sus pérdidas lo fueron de 366. Para equilibrar esas pérdidas los campesinos están vendiendo a sus hijos. Las chicas casaderas son escasas, puesto que la mayor parte de ellas han sido vendidas. Los precios de los niños

EL TRIMESTRE ECONOMICO

son de cerca de 100 yenes por alumnos de tercer año y de 400 para los que han terminado la escuela”.

Mas el año siguiente hay una buena cosecha y sus resultados los describió así el periódico *Nichi Nichi* del 3 de agosto de 1932: “El año pasado los agricultores de los distritos del noreste sufrieron con una cosecha plena por su acompañamiento de precios bajos. Aún así, después de pagar los abonos e impuestos, no tenían arroz para mantenerse. Ahora están comiendo raíces... ruibarbo seco, rábanos silvestres, cáscaras de arroz y tallos de lirios acuáticos”.

Es indudable que hay algo en la vida agrícola japonesa que la mantiene a pesar de estos hechos. Desde luego, factores humanos que quizá el hombre occidental no sepa apreciar en su justo valor. He leído recientemente a un viajero real y no supuesto, conocedor íntimo no del Japón galante, si no del Japón aldeano, que dice: “Al hombre pobre de Occidente no se le dejará morir; pero el pobre de una aldea japonesa cuenta con mucho más que con esa seguridad negativa y rencorosa. El es parte de la vida de muchos hombres y su destino es el de ellos. La densidad de la gente da una sensación continua de vida común. La falta de paredes es real. Por la noche, en la calleja aldeana, las voces infantiles, que cantan al leer, salen de las paredes de papel de arroz resplandeciente como si no hubiera división alguna”.

Mas es un hecho que aún para un viajero así, con un venero romántico en la mitad del pecho, esta vida “idílica y encantadora” se basa en “una escasez y en una frugalidad

EL FASCISMO JAPONES

increíbles". Ese mismo viajero advierte que la palabra *ma-biki*, que significa infanticidio, es la misma que el campesino usa para describir el empobrecimiento de un cultivo. Ese viajero, usando del utensilio literario para alcanzar la máxima profundidad de observación, resume así su visión, no sólo de la agricultura, sino del país todo: "El paisaje de Japón—dice—es el de un país en que la lucha del hombre con la tierra se endereza en un sentido erróneo: la lucha no ha sido para sojuzgar la tierra al hombre, sino para someter las necesidades del hombre a la capacidad de la tierra".

No son sólo estos factores humanos—bellos, al fin y al cabo—los que mantienen con vida la agricultura japonesa. Son otros menos defendibles: una política gubernamental inequívocamente deliberada, y que se ha seguido de mucho tiempo atrás: durante el *Shogunado* los precios del arroz se mantuvieron bajos por siglos; después en la Restauración se han mantenido altos, pero no en interés del campesino, a quien el poco arroz que queda es para comer, sino del terrateniente, del pequeño industrial o burgués que compra tierras como la más segura de las inversiones. Por una política gubernamental que en su afán de conservar esta espléndida unidad de la comunidad aldeana, ha llegado en los últimos tiempos a organizar aldeas semi-militares en las que la comunidad toda se levanta y acuesta, y trabaja uniformemente, con señales convenidas que da el silbato de un capataz. También hay, es verdad, esfuerzos para desarrollar cooperativas y dulcificar la vida con festividades públicas: conciertos,

EL TRIMESTRE ECONOMICO

luchas, etc. Pero hay también, sobre todo en los últimos cuatro o cinco años, la persecución más enconada a todo intento de defensa o de organización de los campesinos. Como de que de ella ha nacido esa maravillosa, sabia institución, que el gobierno japonés llama con su justo nombre: el control del pensamiento.

Por todo ello, no sólo nuestro viajero romántico, sino el japonés honesto, ha dejado escapar a veces la conclusión inevitable. Así, el economista Mashio dice con hondo pesar: "La miseria rural es muy aguda y en la opinión de los observadores más sinceros, ha pasado ya la esperanza de salvación dentro del sistema económico existente".

* * *

En la organización industrial de Japón se encuentran los rasgos de la economía japonesa que por fuerza tienen su vida social y política: en la cúspide una minoría, impresionante por su número, su riqueza y una organización compacta y tupida; en la base, una mayoría que tiene los caracteres exactamente opuestos: enorme en número, pobre, suelta, sin fuerza de ataque ni aptitud de defensa. En este clima, claro, el fascismo es un fenómeno que casi diríase fatal.

El rasgo sobresaliente de la organización industrial japonesa es esa mezcla de feudalismo decrepito y de capitalismo imberbe que era—dijimos—una idea clave para entender mucha de la vida de Japón. El industrial japonés, por una parte, aprovecha la máxima productividad del trabajo que permite el uso de maquinaria moderna

EL FASCISMO JAPONES

movida mecánicamente; por otra, aprovecha de la máxima explotación de su fuerza de trabajo que hacen posibles dos circunstancias: la condición de bancarrota ya normal en que se halla la agricultura, y la concepción que tiene de la mujer.

En cuanto a la primera causa que explica la posibilidad de una explotación máxima del obrero, un economista japonés lo ha reconocido clara y brevemente al decir: "La población agrícola constituye la reserva del trabajo industrial, y su magnitud es tal, que sirve para impedir que suban los salarios de los trabajadores industriales".

En cuanto al señalado papel que aquí juega la mujer, vale la pena mirarlo más de cerca. Dentro de la situación agrícola descrita, un jefe de familia sólo puede sobrellevar el fardo pesadísimo del pago en especie de la renta, de los altos impuestos y los préstamos usurarios, si al lado de su trabajo agrícola, él y su familia emprenden algún trabajo industrial: filatura de seda, tejido de algodón, hechura o ensamble de partes de bicicletas, etc. Para lograrlo requieren algunos utensilios y quizás un pequeño motor eléctrico, es decir, un capital pequeño. Imposibilitados de conseguirlo por otros medios, venden sus hijas a la prostitución o la industria. En el primer caso, reciben una suma al contado, de mayor consideración, con la desventaja de que, en la práctica, es una venta de por vida; si la hija va a trabajar en alguna industria como la filatura de seda, el padre recibe un pequeño anticipo, mensualmente parte de los salarios, y el contrato se hace por un año, renovable; el contrato dura de tres a cuatro años si se trata de las gran-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

des fábricas de algodón o artisela. Casi sobra decir que la mujer misma no toma parte alguna en la transacción y que ésta es considerada tan legítima, que existen certificados de venta llamados *nenki-shomon* y que los padres, como la policía, ayudan a devolver a las fábricas o prostíbulos a las jóvenes que se escapan. Los certificados de venta tienen toda esa simplicidad de un documento legal bien pensado, cuyos efectos plenos se logran con sólo llenar las partes en blanco. Dicen así:

Nombre de la muchacha
Edad
Dirección
Nombre del padre

Usted..... propietario de..... conviene en tomar en su empleo, por cinco años, a la arriba citada, al precio de 300 yenes:
30 yenes retiene usted como mizukin (para compra de ropa), 270 yenes, el saldo, lo he recibido.
Garantizo que la muchacha no le ocasionará molestias mientras esté en su trabajo.

Ella es de la secta de..... su templo es el de.....
Nombre del padre
Nombre del testigo
Nombre del terrateniente
Nombre del propietario
Nombre de la Casa

Versión romántica muy extendida en el Occidente es la de que estas muchachas dejan su casa y se echan a la prostitución o van a trabajar rudamente en las fábricas para

EL FASCISMO JAPONES

reunir una dote; que una vez conseguida ésta, regresan al hogar, se casan con cualquier mozo del pueblo y que así nace la felicidad de un nuevo hogar, ininterrumpida en el porvenir. Por desgracia, detrás de un fenómeno tan extraño para el hombre occidental, hay causas económicas, mismas que deben explicar a un oriental muchas aberraciones del Occidente. En efecto, la Sociedad Imperial de Agricultura de Japón hizo una investigación sobre el número de ventas y sus causas, en cuatro prefecturas y durante los diez primeros meses del año de 1934. Los resultados fueron: mujeres vendidas por causas económicas, 41,422; por mera tradición, 4,116; por falta de sentido moral, 2,020; por la intervención de agentes poco escrupulosos, 1,918; por otras causas, 864. De 50,340 mujeres jóvenes que se vendieron en sólo cuatro prefecturas y en diez meses nada más, el 83% de ellas lo fueron por causas económicas, por la mera necesidad de hacerlo. Que es la miseria, la imposibilidad de abrirse camino en la vida de otro modo, lo que conduce a tan extraña costumbre, lo revela el hecho de que la suma que recibe el padre no tiene, ni con mucho, la significación de una oportunidad única de salir para siempre de la pobreza, sino una suma exigua, que sólo puede servir para dar un primer paso en una vida que apenas si será levemente menos penosa y limitada que la otra. En efecto, un padre que vende a su hija para servir de *geisha*, apenas si recibe como promedio 1,040 pesos mexicanos; cuando va a ser prostituta registrada, 1,170; sin registrar, 620; si va servir de mesera—nombre sindical

EL TRIMESTRE ECONOMICO

para otros menesteres—182; de sirvienta, 52; para trabajos industriales, 149; para otros empleos, 65.

Difícilmente podría exagerarse el efecto deprimente que sobre toda la organización industrial de Japón ejerce esta situación peculiar de la mujer. Las grandes fábricas modernas de tejidos de algodón y artisela las emplean casi exclusivamente a ellas, aun cuando no es extraño verlas en las minas de carbón o en las fundiciones de acero. En todo caso su número pasa el millón y representa el 50% de la fuerza de trabajo del país. El gran industrial, además, ha inventado llevarlas a vivir en las fábricas mismas, construyendo grandes edificios para comedores, dormitorios y salas de recreo, que dan a unos la impresión de orfanatorios y a otros de escuelas de segunda enseñanza. Esto ha creado un sistema en apariencia patriarcal y educativo, que se traduce de hecho en salarios bajísimos. En buenas épocas, una muchacha de éstas recibe 45 pesos, de los cuales se deducen: el costo de su alimentación y alojamiento, el seguro de salud, una parte variable que se envía al padre, otra para el pago del anticipo que se hizo a éste al ceder la hija a la fábrica, un poco de efectivo para pequeños gastos. Le quedan al mes, hechas estas deducciones, ocho pesos, que no se le entregan hasta cumplir su contrato, o sea al cabo de tres o cuatro años.

No es así extraño que el salario más alto que se paga al obrero varón japonés, en la industria pesada, desde luego, en la cual precisan obreros calificados y con experiencia, sea apenas de seis a siete pesos mexicanos, puesto que la mujer, en cuanto puede substituir al hombre, se confor-

EL FASCISMO JAPONES

ma con la mitad. Tampoco es extraño que las organizaciones obreras cuenten como afiliados sólo al 7% de los obreros, ni que carezcan de acometividad y fuerza. Menos aún lo es, que la legislación del trabajo sea parca, que ofrezca fallas como la de no aplicarse a los establecimientos que tengan menos de diez obreros, pues así no protege a la inmensa mayoría de ellos, y la de que la vigilancia de su aplicación esté encomendada a la policía, como lo estuviera en la Inglaterra del siglo xvii.

Que esta situación se conoce, lo revela el breve decir del distinguido economista Takahashi: "El nivel nacional del salario en Japón se basa en la renta del campesino". Que esta situación es fruto de una política deliberada, de la más pura cepa fascista, lo revela el comentario romántico del Embajador Debuchi hecho al regreso de una visita a una de las grandes fábricas de tejidos de algodón: "Es doloroso, pero al mismo tiempo eleva, ver centenares de mujeres jóvenes, la mayor parte de 15 ó 16 años, trabajando en silencio. Están satisfechas con sus salarios bajos y jamás refunfuñan. El hecho de que los artículos japoneses que ahora están conquistando los mercados mundiales estén hechos por estas vírgenes, lo hace a uno agradecido a ellas, guerreras de la paz". Que esa situación es fruto de una política imperialista también deliberada, lo revela el patriotismo jactancioso que llevó a un Ministro de Hacienda a declarar que "Japón puede enfrentarse a los proyectiles de oro de Francia e Inglaterra con el trabajo como arma".

Volvamos de nuevo a ese rasgo característico de Japón,

EL TRIMESTRE ECONOMICO

la mezcla de feudalismo y capitalismo, que marca su vida. Freda Utley, para mí la observadora más aguda del Japón moderno, lo ha señalado, en lo que toca a la industria, en estos claros términos: "La combinación en la industria japonesa de formas económicas paternales o medievales y capitalistas, significa de hecho conservar los peores rasgos de ambas. El aprendiz no cuenta ya con la seguridad de un trabajo, de una posición definida en la sociedad y con la perspectiva de llegar a ser maestro, de la que gozaba en los tiempos medievales; pero aún vive de lo que se le paga en especie, trabaja horas sin fin y no ha obtenido la libertad de acción y la posibilidad de asociarse a sus compañeros, que se ofrece a las clases obreras de otros países".

* * *

La organización política refleja por fuerza la vida económica ya descrita: mezcla de feudalismo y capitalismo. En el terreno político es una organización liberal que nació muerta, que desde un principio llevó consigo gérmenes y manifestaciones fascistas.

La historia de ella la resume bien un escritor—por cierto iritantemente parcial—así: "De hecho la historia de Japón del siglo ix al xix puede llamarse la historia de cuatro familias: la Fugiwara, la Taira, la Minamoto y la Tokugawa. La Fugiwara gobernó a través del Emperador; la Taira, la Minamoto y la Tokugawa, gobernaron a pesar del Emperador. La Fugiwara basó su poder en alianzas matrimoniales con el trono; la Taira, la Minamoto y la Tokugawa basaron los suyos en la posesión de la fuerza

armada que el trono no podía dominar. A lo largo de la era Fujiwara el centro de gravedad política se halla siempre en la corte. En las eras Taira, Minamoto y Tokugawa, el centro de gravedad política se mueve fuera de la corte, a los cuarteles generales de un feudalismo militar”.

La situación descrita no varía en realidad con la Restauración de octubre de 1867, por la que se supone que el poder dejan de tenerlo los *daimyos*, o barones territoriales, y sus lugartenientes militares, los *samurai*, para recuperarlo el Emperador. En realidad, los nuevos barones territoriales, de Satsuma y Choshu, son los que hacen triunfar la rebelión contra el *Shogun Keiki*; y cuando los jefes de esos dos clanes, más los de Tosa y Hizen, renuncian a sus respectivos feudos para entregarlos al Emperador, los primeros actos de éste son designar a los feudatarios gobernadores de los distritos en que se hallaban los feudos, confirmar a los *samurai* en sus ingresos y puestos y borrar la diferencia entre la nobleza cortesana y la territorial, en ventaja de ésta, que había hecho la “revolución”. Así lo reconoce con ironía un autor no exento de simpatías por Japón: “La capital imperial fué removida 300 millas, de Kioto a Tokio, como símbolo visible de la gran revolución. El acto simbólico expresó felizmente la situación. La diferencia social real entre el nuevo Japón y el viejo, era alrededor de un viaje de medio día. El Emperador de la Restauración seguía siendo un emperador-muñeco y la organización de la sociedad seguía siendo una organización en interés de una pequeña clase dominante. Todo lo que había ocurrido fué que la regencia oficial y reconocida

del *Shogunado* Tokugawa había sido reemplazada por una regencia de barones de fuera de la corte, no-oficial y más o menos disfrazada”, y La Mazalière, el mejor historiador de Japón, más brevemente dice: “De hecho, desde la Revolución, Japón no ha sido gobernado sino por los *samurai*”. La ausencia de todo cambio, aun superficial, no sólo la confirman esas opiniones y otras muchas que podrían citarse, sino hechos tan elocuentes como el de que de 1868 a 1918 todos los primeros ministros y los miembros del llamado *Genro*, un cuerpo consultivo, fuera de la ley, fueron de los dos clanes que hicieron la guerra de Restauración, los de Satsuma y Choshu.

Es verdad que desde el llamado Juramento Imperial de la Restauración el Emperador dijo que se “buscaría el consejo más amplio” y que “el examen público determinaría todas las cosas”; pero no lo es menos que el movimiento hacia un gobierno democrático y representativo, que de ahí parte, fué en exceso lento y cauteloso, francamente revelador del temor de conceder mucho y del firme deseo de no conceder nada. A la primera asamblea deliberante que siguió al Juramento, concurrieron exclusivamente nobles y *samurai* y después de dos sesiones únicas, fué disuelta para siempre. Un autor comenta que “posiblemente el problema de un parlamento podría haber sido pospuesto indefinidamente de no haber encontrado en Itagaki Taisuke un ardiente defensor”. Pero Itagaki era un *samurai* del clan de Tosa y, por eso, se ha reconocido que, “de hecho, los liberales de Tosa no contendían por una representación popular en el sentido cabal del térmi-

EL FASCISMO JAPONES

no. Lo que querían era la creación de algún mecanismo para lograr que los *samurai* tuvieran una participación importante en los negocios del Estado”. Y consta en escritos que en un principio Itagaki se hubiera conformado con una asamblea compuesta por mitades de *samurai* reconocidos oficialmente y por no reconocidos como tales, y sin incluir elemento popular alguno.

La segunda asamblea, que no se reúne hasta 1874, estuvo formada por gobernadores de las prefecturas, con la idea de que pudiera servir de organismo de comunicación entre las poblaciones de provincia y el gobierno central; pero como éste nombrara a aquéllos, sus voces no podían ser otras que las del propio gobierno central, sin contar con que, casi sobra decirlo, no tenía facultad legislativa alguna. Esta, en realidad, se niega también a la siguiente clase de asamblea, el *Genro-in*, o senado, que se reúne por primera vez en 1875, y a la que se le da como función la de examinar o revisar las leyes antes de su promulgación. Pero aun para esta función limitada no quisieron ponerse los medios para desempeñarla: se compuso de personas no electas sino designadas, y sus asientos los fueron ocupando gente que no teniendo ya cabida en la burocracia normal, tenía, sin embargo, que ser acomodada de algún modo para no llegar a ser focos de descontento. Por eso llegó a llamársele “hospital para inválidos administrativos”. El siguiente paso, las asambleas provinciales, no sólo fué dado en gran parte como resultado del asesinato del ministro Okubo, sino que quedó todavía muy lejos de las viejas conquistas democráticas europeas o norteamericanas. Se

EL TRIMESTRE ECONOMICO

las autorizó para determinar el método de recaudación de los impuestos, mas no los impuestos mismos y su cuantía, y lo del método, todavía sujeto a la aprobación del Ministro del Interior. Les fué concedida la facultad de revisar las cuentas de ejercicios vencidos; pero ninguna de carácter legislativo.

Con todos estos antecedentes, era inevitable que la constitución de 1890 tuviera marcadas claramente las huellas de un liberalismo que nacía muerto. Por una parte, la Dieta, compuesta de una Casa de los Lores y de una Cámara de Representantes, ofrece, agravado, el mismo problema que presenta en Inglaterra la coexistencia de una cámara formada de la aristocracia de la sangre y del dinero y de otra de representación popular. Por otra, según lo expresó el Príncipe Ito, redactor de la Constitución, el Emperador es "la fuente y el manantial del poder legislativo". En efecto, el Emperador no sólo puede vetar las medidas emanadas de la Dieta, sino legislar él mismo cuando la Dieta no está reunida, es decir, durante las tres cuartas partes del año. Y claro que cierto tipo de leyes represivas, como la Ley de Conservación de la Paz, que castiga todos los casos de "pensamientos peligrosos", tienen ese origen imperial. Por lo demás, la Dieta, en realidad, sólo tiene el derecho de asentimiento. El Gabinete no es responsable ante la Dieta y, en consecuencia, no necesita apoyo parlamentario para subsistir: lo es ante el Emperador, de quien recibe mandato, y no como Gabinete, sino como una serie de Ministros súbditos. Más aún, el llamado Consejo-Privado puede dar reglamentos, algunos de los cuales han

EL FASCISMO JAPONES

resultado ser de una trascendencia incalculable. Uno de ellos estableció que los Ministros de la Guerra y de la Marina deben tener el grado de general y almirante, respectivamente, con la consecuencia bien comprobada de que el Estado Mayor o el Almirantazgo, al negar que un general o un almirante sirvan en un gabinete, impone, en realidad, la composición y programa de éste. En 1936 ocurrió eso con el gabinete inicialmente propuesto por el Primer Ministro Hirota, y en 1937 con el del general Ugaki. Más aún, en Japón el ejército puede obrar sin ninguna autorización gubernamental y aun hacer declaraciones de política exterior independientemente del Ministerio de Relaciones. Así, todas las negociaciones con autoridades locales y aun nacionales en los incidentes que precedieron a la gran guerra con China, fueron conducidas siempre por oficiales del ejército de Kwantung. El *Genro* o Estadistas Mayores, un cuerpo extra-legal de consejeros del Emperador, ejerce en él una influencia decisiva, como la que ejerce la burocracia de la Casa Imperial, otra de las estrechas vías de acceso al Emperador.

Aún estos escasos cimientos de un régimen liberal y democrático han sido barridos en los últimos tiempos. Ya en 1932, a consecuencia del asesinato del Primer Ministro Inukai y de los atentados dinamiteros en la Casa del Conde Makino y del Banco Mitsubishi, atentados terroristas provocados por el ejército, éste exigía la formación de un gabinete en que no estuvieran representados los partidos políticos; en enero de 1937 el General Terauchi abiertamente pide la disolución de la Dieta; en esa misma fecha

EL TRIMESTRE ECONOMICO

una imponente reunión de militares se opone al mandato imperial dado al General Ugaki, un moderado, para formar el Gabinete, haciéndolo, en efecto, fracasar, no obstante el decidido apoyo de la prensa, del público, de los partidos, de las clases pudientes, de todos los consejeros más próximos al Emperador. Pero el hecho más sintomático fué el de la disolución de la Dieta en marzo de 1937 y las elecciones del siguiente abril. Aquélla se efectuó arbitrariamente, acusando a los partidos de impedir el examen y aprobación de diversas leyes; el gobierno esperaba la formación de un nuevo partido que lo apoyara en su programa fascista y de agresión imperialista, y en oposición, desde luego, a los existentes, sobre todo al *Minseito* y al *Seiyukai*, los tradicionales, y al ligeramente popular Partido de la Masa Social. Los resultados de la elección no pudieron ser más elocuentes: el último dobló el número de sus representantes, el gubernamental perdió la tercera parte y los dos tradicionales siguieron conservando una gran mayoría. El gabinete, sin embargo, no renunció desde luego, convocó a la nueva Dieta solo después de cuatro meses. Y al reunirla, en la formación de un nuevo Gabinete, el ejército decidió hacer declaraciones públicas sobre su opinión del momento: "El nuevo Gabinete—dijo—no debe ser parcial a ningún partido o facción. Por el contrario, debe abarcar al ejército, a la marina, a los burócratas, a los partidos y a los financieros. Los partidos no serán objeto de ostracismo hasta el momento en que sigan cooperando". En la elección del nuevo Gabinete los deseos del ejército se cumplieron plenamente, dándole ya un tinte fascista

EL FASCISMO JAPONES

sin disimulo. Al frente estaba el Príncipe Konoye, cuyo reaccionarismo apenas si disfraza una leve máscara liberal; en los Ministerios de la Guerra y Marina el General Sugiyama y el Almirante Yonai, hombres del grupo de los "moderados", que quiere decir militares fascistas con más habilidad que los extremistas Araki y Mazaki con su grupo de los "coroneles jóvenes"; el Ministro de Justicia, Shiono, es un íntimo de una de las figuras fascistas más señaladas, el Barón Hiranuma, Presidente del Consejo Privado; Hirota, de Relaciones, fué el firmante del Pacto Anticomunista con Alemania; Baba, el de Finanzas, el autor del célebre presupuesto en que los gastos de guerra se elevan al 50% de todo él.

Por eso Bisson—observador íntimo—comenta el resultado de estos cambios diciendo: "La oposición liberal, que jamás se atrevió a repudiar del todo a los militares, fué barrida, y perdió para siempre su causa".

* * *

Con gran inteligencia se ha dicho lo siguiente: "En Italia es Prensa y Propaganda. En Alemania, es Propaganda e Ilustración Pública. En Japón, es Control del Pensamiento. Los japoneses poseen lo mejor de la terminología. El problema de gobernar un país pobre que vive de transformar las materias primas de otros países, más barato de lo que lo pueden ser en éstos, es precisamente lo que el japonés dice que es. Es el problema del control del pensamiento. El país vive de los salarios bajos y éstos se mantienen bajos controlando el pensamiento de quienes los

reciben. Se crea una especie de penumbra en la imaginación popular impidiendo a la gente pensar en ciertos sentidos e invitándola a pensar en otros; y el gobierno sobrevive dentro de la franja del eclipse. Se les exhorta en interés del ensueño nacional, o del pánico nacional, a que renuncien a los pensamientos egoístas de comer, vestir y gozar. Y el gobierno marcha normalmente por la zona en la que, de otro modo, esos pensamientos egoístas se amontonarían y estorbarían. El Control del Pensamiento es la interpretación literal, realista y explícita de la idea”.

En rigor, al gobierno moderno japonés no resulta del todo nueva la tarea de controlar el pensamiento de sus súbditos, pues el largo pasado medieval de su pueblo ha creado hábitos viejos, actitudes espirituales que son ya rasgos del carácter o genio nacional. ¿No es el tabú una palabra y un concepto orientales? En Japón ha sido tabú, alguna vez, vestir de seda, y ha sido causa de divorcio el que una mujer tenga la manía de subir colinas. ¿Por qué no crear en la mente popular la idea de un Emperador, Hijo del Cielo, divino, intocable, cuyo nombre no puede siquiera pronunciarse? ¿Y por qué no hacer del comunismo un tabú más? ¿Por qué no darle también un rango de intocable a la Constitución, haciendo un delito pensar en la conveniencia de su reforma? ¿Por qué no crear en la mente popular la idea de un gran destino japonés, por ejemplo, el de ser guía y mentor del Oriente todo? ¿Y por qué no hacer del ejército y la armada, los dos instrumentos necesarios a su realización, una institución intocada e intocable también? Por otra parte, Japón heredó de China la

EL FASCISMO JAPONES

noción de que la unidad social no es el individuo sino la familia, con la consecuencia de que las virtudes cardinales nacen del acoplamiento al grupo y no de la exaltación del individuo. Por eso es la lealtad—no el pensamiento—lo que a los ojos de un japonés hace al mártir o al héroe. Por eso el japonés es hombre que ha nacido para morir, no para vivir. Por ello, en él pesa más el pasado que el futuro. Por ello, es más creyente que crítico.

¿Cómo en este clima mental y moral iba a prender un liberalismo auténtico? El liberalismo fué por esencia rebelde, crítico, demoledor; fué hijo de los grandes descubrimientos geográficos; deificó los progresos de la ciencia y de la técnica; rechazó a la Iglesia como fuente de sanciones morales; estableció que el éxito, el dinero, el dominio y el poder, eran las solas medidas éticas; negó al grupo y exaltó al individuo; el bien colectivo fué sólo la suma de los bienes individuales; negó al Estado capacidad de gobierno reduciéndolo a mero guardián del orden público; renegó del pasado, gozó del presente y creyó en el futuro.

El liberalismo no pudo ser en Japón padre del fascismo, porque la criatura existía siempre y el supuesto padre sólo una sombra fué. De ahí que el fascismo japonés no pueda tener rasgos idénticos, ni siquiera muy semejantes, a los de Italia y Alemania. Por eso, quienes lo han estudiado, han sentido la necesidad de calificarlo: Tannin y Yohan, lo llaman fascismo militar. Freda Utley casi usa la expresión de fascismo feudal, en tanto que Yakhontoff declara que si bien Japón es ya en gran medida un Estado fascista, no se ha cumplido aún la segunda condición ne-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

cesaria: un apoyo de masas, bien organizado, que en gran parte da la clase media.

Un hecho sí es que el Juramento de la Restauración, las asambleas deliberantes, las de prefectos y las provinciales, la Constitución y el Gabinete y la Dieta, no fueron sino el disfraz que vistió Japón para participar sin rubor en el baile de máscaras del capitalismo occidental. En esto me parece que la astucia japonesa erró: no fué para él el caso de la chica que va a esos bailes, hace algunas bromas inocentes, regresa a casa y, al quitarse el disfraz, reanuda su vida casera habitual. Ahí tragó el veneno del capitalismo,—y el veneno no es disfraz, cosa externa que se pone y se quita—, sino que, por el contrario, corre por la sangre, por lo más íntimo del ser. Contra ese veneno no hay antídoto; de él se muere fatalmente, aun cuando nueva vida brota siempre.

Por eso, conservemos la esperanza de que alguna vez Japón será fiel a su tótem nacional, y que entonces, en efecto, verá el sol naciente de una nueva sociedad.